PUNTO CUARTO

1. Los fariseos revelan la envidia que los carcomia, pidiendo á Cristo que hiciera callar á sus discípulos.—2. Eficacia de la divina inspiracion que enseña á los ignorantes y los mueve á glorificar á Dios, dejando á los soberbios y presuntuosos.

En esta sazon algunos fariseos se llegaron á Cristo, y le dijeron: Maestro, reprende á tus discípulos y hazlos callar. El Señor les respondió: *Dígoos, que si estos callaren, las piedras hablarán* (1).

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la maldad del envidioso, que le pesa de la gloria de su prójimo, y condena por malo lo que es bueno, llama pasion á lo que es inspiracion de Dios y quiere que sea reprendido; por lo cual se hace indigno de que Dios le inspire y mueva, como mueve a la gente sencilla y devota, para que se ocupe en alabanzas de Cristo.

2. Tambien ponderaré la eficacia de la divina inspiracion, que así trueca los corazones, y enseña á los ignorantes y los mueve á glorificar á Dios con fervor, dejando á los soberbios y presuntuosos fariseos en su tibieza. Esto denotan aquellas palabras: *Dígoos de verdad, que si estos callaren, las piedras darán voces;* que fué decir: No dejarán estos de hablar, porque Dios con gran fuerza les inspira y mueve á ello, pero si callaren, Dios despertará otros, aunque sean tan duros como piedras, que clamen y digan lo que ellos dicen, porque para todo es poderoso, y de las piedras sacará hijos de Abrahan (2), y

(1) Luc. XIX, 39-40. — (2) Matth. III, 9.

cuando estos callen ahora, de aquí á poco en mi pasion las piedras mismas, partiéndose con grande estruendo, me predicarán por Dios. Oh dulce Jesus, ablanda la dureza de los corazones judaicos y gentílicos, para que halle entrada en ellos tu divino espíritu, y conociéndote por verdadero Mesías clamen y den voces, diciendo: Bendito sea el que ha venido á salvarnos en el nombre del Señor. Sálvalos á todos, Salvador mio, y no te olvides de mi corazon, más duro que las piedras; ablándale, muévele y enternécele con espíritu de devocion cuando ora, para que siempre te ame y alabe por todos los siglos. Amen.

MEDITACION IV

DE LAS LÁGRIMAS QUE DERRAMÓ CRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE JERUSALEN, CUANDO COMENZÓ Á VERLA, Y DE LO QUE SUCEDIÓ AQUEL DIA

PUNTO PRIMERO

1. Cristo lloró sobre Jerusalen, para que conociésemos cuán poco caso hacia de la gloria mundana.—2. Por los pecados que Jerusalen habia de cometer matándole y por los castigos que sufriria.—3. Por los pecados de todos los hombres que tenia presentes.

Prosiguiendo Cristo nuestro Señor su camino, con el acompañamiento y aplauso de toda la gente que se ha dicho, en llegando *á ver la ciudad* de Jerusalen, *lloró sobre ella* (1).

Aquí se ha de ponderar el motivo de estas lágri-

(1) Luc. XIX, 41.

mas de Cristo, el cual tiene más particular misterio que las otras veces que lloró. Las que sabemos fueron cuatro. Lloró en el pesebre cuando niño, y esto no era mucho, porque es propio de niños llorar en su nacimiento (1). Además lloró cuando resucitó á Lázaro (2), y ni esto fué mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. Tambien lloró en la cruz (3), y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos, y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira es, que llore esta vez cuando se ve en tanta honra y gloria, y cuando todos le dicen mil cantares de alabanzas. Las causas de este lloro fueron estas.

1. La primera, para que conociésemos cuán poco caso hacia de la gloria mundana y cuán poco se le pegaba al corazon; pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, él derramaba lágrimas. ¡Oh cuán léjos estaba de reirse y envanecerse con aquellas prosperidades, quien las aguaba con lágrimas y suspiros!

2. La segunda causa más principal, fué su infinita caridad, de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalen á morir, por el bien que de allí resultaba á los escogidos, y juntamente el llanto que ahora tiene, por el mal que ha de venir á los réprobos. No dice San Lúcas solamente que lloró, sino que lloró sobre la ciudad de Jerusalen, para que se entendiese que no lloraba sobre sí mismo por los trabajos que habia de padecer, sino que olvidado de estos, lloraba sobre la desdichada Jerusalen por los pecados que habia de cometer matándole, y por los castigos que por esta causa habian de venir sobre ella, lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vió. ¡Oh dulce Jesus, quién os pudiera acompañar en estas lágrimas, y olvidándose de los trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos y los castigos justísimos que han de venir por ellos! ¡Oh cuán grave mal es el que mueve á Cristo á llanto, en medio de tanto regocijo! ¡Oh alma mia, cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace llorar á Dios de compasion!

(1) Sap. VII, 3. — (2) Ioan. XI, 35. — (3) Hebr. V, 7.

3. Lo tercero, podré ponderar, como es creible, que así como Cristo nuestro Señor, mirando á esta ciudad de Jerusalen, en la cual habia algunos buenos, pero muchos malos, lloró los pecados de los malos, y la destruccion que por su causa vendria sobre ella; así tambien entónces se le representaria la ciudad de este mundo y la Jerusalen terrena, donde están mezclados pecadores con justos, y mirando los pecados de los malos y los castigos que por ellos habian de venir, tambien lloraria sobre ellos; y por consiguiente, lloraria tambien por mis pecados, pues los tenia presentes. ¡Oh Redentor mio, cuánto me pena de la causa que os he dado y doy para que así lloreis! Deseo, cuanto es de mi parte, enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé; ayudadme, Señor, á que llore, de modo que merezca ser consolado.

PUNTO SEGUNDO

1. Reprende Cristo la ceguedad de Jerusalen.—2. Profetiza los castigos que habian de venir sobre esta ciudad.—3. Cristo lloró principalmente el castigo eterno que Jerusalen habia de recibir.

Lo segundo, se ha de considerar las palabras de Cristo nuestro Señor cuando lloraba. Lo primero, dijo: *Si conocieses tú en este dia las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas* (1).

1. Que es decir: ¡Oh Jerusalen, si conocieses tú lo que yo conozco en ti, y de ti, sin duda llorarias como yo lloro, y si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda tambien me alabarias y aceptarias el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este dia tuyo, y este buen dia que amanece por tu casa con mi venida, sin duda le admitirias y no dejarias pasar partecica de él (2). Pero todo esto te está escondido por tus pecados, y por eso, ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites. De donde sacaré, que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas; es á saber: mis miserias y el remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que él me ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma, en el estado que tengo en la Iglesia ó en la religion. Y al contrario el principio de mi perdicion es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo con tenerlo entre las manos. ¡Oh buen Jesus, ahora veo con cuánta razon llorais nuestra ceguedad, pues en tan poco estimamos el bien que nos ofreceis, siendo digno de infinita estima! Quitad de mí, y de todos los hombres este velo de ignorancia, para que veamos y lloremos; porque el ojo que no ve, no llora, y si viese, luego lloraria.

(1) Luc. XIX, 42.—(2) Eccli. XIV, 14.

2. Lo segundo, profetizó los castigos que habian de venir sobre esta ciudad, diciendo: *Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita* (1). Esto es, porque no conociste este dia, en que Dios te visita y viene á salvarte. De donde inferiré, que si la Jerusalen presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios, y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvacion y perfeccion, tambien serán castigadas con terribles castigos, y por consiguiente, pues apénas hay dia en que Dios no me visite (2) en la oracion ó fuera de ella, con inspiraciones y toques interiores, provocándome á que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, tambien seré castigado. Por tanto, alma mia, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo, no seas más torpe que el milano, y la golondrina y la cigüeña, que conocen el tiempo de sus idas y venidas (3); mira bien las veces que Dios te visita cada dia, pues viene para tu provecho, y si le dejas será para tu daño.

3. Finalmente, ponderaré que si Cristo nuestro Señor tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad por el amor que la tenia, ¿cuánto más llora-

(1) Luc. XIX, 43-44.—(2) Iob. VII, 18.—(3) Ier. VIII, 7.

ria el castigo eterno que habrá de recibir en la otra vida, cuando venga á visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia en el dia de la cuenta? Oh piadosísimo Jesus, con cuánto afecto llorábades los desventurados hijos de esta perversa Jerusalen, mirando cómo habian de estar cercados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios, postrados no sólo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno, atormentados en todas sus potencias, con turbacion y desórden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni cosa que no esté llena de confusion. Allí llorarán con llanto perpétuo, porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos llorasteis, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores, para que temamos la visita que habeis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ella con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

PUNTO TERCERO

1. Bondad de Cristo en sanar á muchos enfermos en el templo, y malignidad de los fariseos en indignarse.— 2. Cristo abandonado de todos se vuelve á Betania. Infinita liberalidad de Dios, infinita cortedad de los hombres.

Lo tercero, se ha de considerar, cómo entrando Cristo nuestro Señor en Jerusalen, luego se fué al templo á dar gracias á su Padre Eterno, como lo tenia de costumbre, y allí sanó á muchos ciegos y cojos (1), y los niños que estaban en el templo, á imitacion de los demás, renovaron el cántico: *Ho-*

(1) Matth. XXI, 12-14.

sanna Filio David. Y los fariseos indignados, le dijeron: *¿Oyes lo que dicen estos?* (1) *Respondió: Sí, oigo. ¿No habeis leido lo que dice la Escritura? De la boca de los infantes, y de los que maman, sacaste perfecta alabanza* (2).

1. Aquí se ha de ponderar, por una parte la bondad y liberalidad de Cristo nuestro Señor en hacer bien á cuantos se le llegaban, ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era. Además, la eficacia de la divina inspiracion en mover las lenguas de los niños para glorificar á Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte la maldad de los fariseos, en sacar de todo ponzoña; porque carcomidos de la envidia, ni les enternecia la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apénas sabian hablar. Oh Dios eterno, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazon, para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho. Y hazme niño en la sinceridad y pureza, para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos. Amen.

2. Finalmente, ponderaré, cómo habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel dia trabajando en predicar y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, miraba á todos, para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y no hubo quien se moviese á ello, por temor de los fariseos, y así se volvió con sus apóstoles ayuno á Betania (3), que distaba dos mil pasos de Jerusalen. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con

(1) Matth. XXI, 15-16.—(2) Ibid. ex Ps. VIII, 3.—(3) Marc. XI, 11.

los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres con Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon, por temor humano, al que habian recibido con tanto regocijo, cuya pena profetizó Cristo el dia siguiente por la mañana, maldiciendo á la higuera, que no tenia fruto de que comiese, y al punto se secó (1). Oh Juez justísimo, cuán justamente echarás tu maldicion (2) á los malos el dia del juicio, porque teniendo hambre no te dieron de comer, y siendo peregrino, no te quisieron hospedar. Oh alma mia, no dejes por temor humano de convidar y hospedar á Cristo, porque no te excluya de su reino, y no ceses de trabajar por hacer bien á tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña á tu Salvador, como los apóstoles en la entrada de Jerusalen tan gloriosa, y en la salida tan ignominiosa, sirviéndole con honra y con deshonra (3), para que él te reciba en su eterna compañía. Amen.

MEDITACION V

DE LA CENA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN BETANIA

Aunque esta cena se hizo seis dias ántes de la Pascua del cordero, y un dia ántes de la entrada en Jerusalen con ramos, como refiere San Juan; mas San Mateo y San Márcos la cuentan despues, por la ocasion que de allí tomó Judas para vender á Cristo nuestro Señor, y por la misma causa sigo yo su órden.

(1) Matth. XXI, 19.—(2) Matth. XXV, 41.—(3) II Cor. VI, 8.

PUNTO PRIMERO

1. La Magdalena ungió á Cristo dos veces, pagando á Cristo dos deudas; una por los pecados, y otra por sus beneficios.—2. Hemos de imitar espiritualmente á la Magdalena en la presente uncion, quebrantando el vaso de nuestro corazon y cuerpo con la mortificacion, acompañada de muchedumbre de afectos y obras excelentes.—3. El buen olor de que se llenó la casa, figura del buen ejemplo.

Habiendo sido convidado Jesus en Betania, estando en la mesa, llegó María, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro, que cabia una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los piés de Jesus, y los limpió con sus cabellos; y quebrando el alabastro, derramó lo que tenia sobre su cabeza, quedando la casa llena del buen olor (1).

1. Lo primero, consideraré cómo la Magdalena dos veces ungió á Cristo nuestro Señor. La primera, en su conversion, para alcanzar perdon de sus pecados. La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurreccion de su hermano Lázaro, de lo cual quiso dar público testimonio, arrojándose á los piés de Cristo, y lavándolos, á lo que se cree, con lágrimas de amor como la primera vez; luego los limpió con la mejor toalla que tenia, que eran sus cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió á ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro, para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra. Oh qué atento y qué contento estaba el Salvador mirando la obra de esta su sierva, y mu-

(1) Ioan. XII, 1 et seqq., Marc. XIV, 3.

cho más ponderando la devocion y afecto interior con que la hacia, deseando hubiese muchos en su Iglesia que en esto la imitasen. Y así para imitar el espíritu de estas dos unciones, he de procurar, con todo el fervor posible, pagar á Dios nuestro Señor las dos deudas que le debo; una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y ésta con más fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y más precioso que tuviere.

2. Especialmente he de traer un grande vaso de alabastro. lleno de uncion espiritual con que ungirle. Vaso de alabastro es mi corazon y mi cuerpo, el cual he de quebrantar con ejercicios de mortificacion y penitencia, con la contricion y dolor de pecados, quebrantando mis quereres y apetitos. La uncion ha de ser con un ungüento fiel y puro de la espiga de nardo, esto es, con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad (1), con fidelidad y pureza de intencion en ellas, para que mi caridad, como dice el Apóstol, sea *de corazon puro, con buena conciencia y fe no fingida* (2). Con este ungüento he de ungir espiritualmente á Cristo, primero los piés y despues la cabeza, porque primero tengo de meditar las bajezas é ignominias de su humanidad, figurada por los piés, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de penitencia y mortificacion; y despues subir á meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándome de ellas y agradeciéndole los beneficios que proceden de ambas. ¡Oh dulcísimo Jesus, Dios y hombre verdadero! Pues de tu mano he recibido lo

(1) D. Bern. Serm. 42 in Cant. — (2) I Tim. I, 5.

bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo te lo ofrezco todo, aunque se haya de quebrar el vaso, cuando fuere menester, para tu servicio.

3. Finalmente ponderaré que como toda la casa se hinchió de la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así toda la Iglesia y casa de religion se edifica y conforta con estos ejercicios de virtud tan gloriosos, por lo cual tengo de animarme á ejercitarlos para ser, como dice San Pablo, buen olor de Cristo (1) y provocar con mi ejemplo á que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

PUNTO SEGUNDO

1. Como Judas y los demás apóstoles murmuraron de esta obra de la Magdalena, así nunca falta quien con dañada intencion, ó por ignorancia ó buen celo juzgue temerariamente las acciones buenas de los justos.—2. El mal ejemplo de Judas dañó á los demás incitándoles á murmurar.

Viendo Judas Iscariote lo que habia hecho María, dijo: ¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos dineros, y se dió á los pobres? Y esto lo decia, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladron y tenia la bolsa comun, y hurtaba de lo que le daban (2); *y tambien los discípulos llevaban esto pesadamente, y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo* (3).

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo nunca ha de faltar quien juzgue temerariamente, y murmure de las buenas obras de los justos. Unos por dañada intencion como Judas, otros por ignorancia ó buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos, que murmuraron de esta obra de la Mag-

(1) II Cor. II, 15. — (2) Ioan. XII, 5-6. — (3) Marc. XIV, 4.

dalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreacion de ser ungido; y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres, y tambien tácitamente esta murmuracion redundaba contra el Maestro que lo permitia. Pero todos erraban en su juicio, porque no sabian ponderar el espíritu que movia á esta santa mujer para hacer esta santa obra, ni el que movia á Cristo para aceptarla; y por su poca devocion, ó por su aprehension superficial la condenan, y se indignan y murmuran de ella. De donde sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie con temeridad, ni echar á la peor parte las cosas que pueden ser buenas, mucho ménos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto á Dios, que es el verdadero juez, porque de otra manera erraré y pecaré contra los prójimos y contra el Espíritu Santo, que les mueve á la obra de que yo murmuro, el cual vengará su injuria. Por lo cual Cristo nuestro Señor nos dijo: *No juzgueis y no sereis juzgados; no condeneis y no sereis condenados* (1). Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones, porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones, como Judas encubrió las ganas de hurtar del dinero en que se vendiera el ungüento, con capa de darlo á pobres.

2. Tambien ponderaré, como es muy creible, que esta murmuracion comenzó por Judas, y él despertó con su mal ejemplo á los demás, á que tambien murmurasen, para que se vea cuánto daña el

(1) Luc. VI, 37.

mal ejemplo, y cómo un malo lleva tras sí á otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchió del buen olor que procedió de la obra buena que hizo María, así tambien se hinchió del mal olor que salió de la boca pestilencial de Judas, y turbó á los demás discípulos, inficionándolos con el vicio de la murmuracion.

PUNTO TERCERO

1. Cristo al defender á la Magdalena descubrió grande fidelidad para con su sierva.—2. Suma benignidad en corregir á sus discípulos.—3. Grande caridad y liberalidad en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman en su mayor provecho.

Cristo nuestro Señor, viendo todo esto, dijo á sus discípulos: ¿Para qué sois molestos á esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en mí; siempre tendreis con vosotros á quien podreis hacer bien, pero á mí no me tendreis siempre, y ésta ha querido prevenirse, ungiendo mi cuerpo ántes de la sepultura. Dígoos de verdad, que donde quiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que ésta hizo en mi memoria (1).

1. Aquí se han de ponderar las heróicas virtudes que Cristo nuestro Señor descubrió en este caso. La primera, fué grande fidelidad en defender á su sierva la Magdalena, callando ella, como lo habia hecho otras veces; porque propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones, no queriendo excusarse, ni defenderse por humildad, fiándose de su divina provi-

(1) Matth. XXVI, 10 et seqq.

dencia. Por lo cual es gran cordura callar con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá Dios excusarme y volver por mi honra, que yo. Así como Cristo nuestro Señor defendió á la Magdalena, mucho mejor que ella supiera defenderse; porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara, ni saliera con su intento.

2. La segunda virtud, fué grande benignidad y blandura en corregir á sus discípulos y á Judas; porque aunque vió turbada su escuela, ni se turbó, ni indignó, sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenian, y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que habia sido por instinto del divino Espíritu, que movió á esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podria ungir despues de muerto. Lo cual fué así, porque cuando fué á ungirle, ya era resucitado. Oh Maestro sapientísimo, enséñame á corregir con espíritu de blandura (1), para que cure los males con la mansedumbre, y no los empeore con mi indignacion.

3. La tercera virtud, fué grande caridad y liberalidad, con muestras de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden á los que le aman, en su mayor provecho (2); porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada, ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados, si no pudiera y quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió, que en todo el mundo seria esta obra publicada y predicada, como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella; y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos, que esta obra fué santa y por inspiracion divina, y alabamos á la que la hizo. Y yo, Redentor mio, en cumplimiento de vuestra promesa, me gozo de la devocion de esta vuestra sierva, y la doy gracias por el servicio y regalo que os hizo; pero mucho más alabo la liberalidad que teneis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos; pues por cuatro ó seis, que de esta obra murmuraron, quereis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, alma mia, servir á otro Señor, sino á Cristo, pues tan liberal es en honrar á los que le honran y en premiar á los que le sirven.

(1) Galat. VI, 1. — (2) Rom. VIII, 28.

MEDITACION VI

DE CÓMO JUDAS VENDIÓ POR TREINTA DINEROS Á CRISTO NUESTRO SEÑOR, Y LOS PRÍNCIPES DE LOS SACERDOTES SE RESOLVIERON DE MATARLE

Entónces entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, y fué á los príncipes de los sacerdotes, y díjoles: ¿Qué me quereis dar, y yo os lo entregaré? Ellos le ofrecieron treinta dineros de plata, y entónces buscaba oportunidad para entregarle (1).

El primer paso de la pasion de Cristo nuestro Señor, y la primera de sus injurias, fué ser vendido por Judas á sus enemigos, y esta fué una de las mayores ignominias que padeció, y la que más exageró despues, estando cenando con sus discípulos; y

(1) Luc. XXII, 3-4, Matth. XXVI, 15-16.